

El instante perfecto: el tiempo del inconsciente

David Alejandro Márquez¹

Resumen:

Este trabajo se apoya en la hipótesis de Rosario Herrera Guido de que el tiempo del inconsciente es el instante, con el fin de introducir una de las concepciones de la mitología griega sobre el tiempo (Kairós). Así mismo se realiza una observación sobre el escrito de Jacques Lacan El tiempo lógico, que permite plantear la hipótesis de que el tiempo del inconsciente es el instante perfecto y oportuno. Hipótesis que se pone a prueba tomando como ejemplo el olvido que tuvo Sigmund Freud del nombre Signorelli.

Palabras clave: *inconsciente, tiempo, instante, oportuno, perfecto.*

Abstract:

This paper draws on Rosario Herrera Guido's hypothesis that the time of the unconscious is the instant, in order to introduce one of the greek mythological conceptions of time (Kairos). It also examines Jacques Lacan's writing, Logical Time, which allows us to hypothesize that the time of the unconscious is the perfect and opportune instant. This hypothesis is tested by taking as an example Sigmund Freud's forgetting of the name Signorelli.

Keywords: *unconscious, time, instant, opportune, perfect.*

¹ Egresado de la Lic. en psicología de la Universidad Autónoma de Tamaulipas.
Coordinador del Seminario Psicoanalítico de México y el espacio de diálogo “*Psicoanalistas en el banquillo*”.

*“El tiempo para comprender
puede reducirse al instante de la mirada”.*

Jacques Lacan, Escritos 1 (p. 100)

Aun con sus límites, el inconsciente encuentra el modo y el momento de hacer pasar algo de lo imposible de representar, eso que en Lacan nombra lo real y el objeto *a*. En este trabajo, mi interés es pensar ese momento.

En un análisis, las manifestaciones del inconsciente, en un instante, nos superan, nos rebasan y nos sorprenden. Ponen en cuestión el supuesto dominio del yo y nos dejan interpelados. Juan-David Nasio formula una pregunta decisiva en *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*:

“¿Quién sabía? ... ¿Quién sabía que esa palabra que hace reír o ese síntoma que me esclarece debía situarse en tal momento preciso? La respuesta de la teoría analítica es la siguiente: ‘Aquel que supo situar el síntoma o el chiste, con entero conocimiento para sorprender, no es un sujeto, sino el saber inconsciente’” (p. 27).

Si el inconsciente sabe cuándo ha de manifestarse, la pregunta apunta justamente a esa puntualidad. ¿Por qué se manifiesta en tal instante y sin vacilar? ¿Qué hace que sea ahora y no después?

Esta pregunta nos obliga a volver al problema del tiempo en psicoanálisis. Antes de continuar, conviene recordar que, a lo largo de la historia, han existido múltiples maneras de pensar y representar el tiempo. En esa línea, la psicoanalista mexicana Rosario Herrera Guido, en *Poética del psicoanálisis*, dentro del capítulo titulado “(Po)ética del instante” (p. 202), interroga la idea —compartida por Freud y Lacan— de que el inconsciente está fuera del tiempo. Su respuesta es cuidadosamente paradójal: esa afirmación es cierta y no lo es.

“Primero tendríamos que saber de qué concepción del tiempo se parte” (p. 205).

En efecto, el inconsciente no conoce el tiempo si lo pensamos en términos estrictamente cronológicos: no se ordena por pasado, presente y futuro como una

línea homogénea. En ese sentido, Freud tiene razón cuando sostiene que la relación con el tiempo pertenece al sistema preconscious, pero a un tiempo cronológico.

Pero ¿a qué concepción del tiempo se refiere Herrera Guido cuando afirma que la tesis de Freud y Lacan resulta falsa o insuficiente? Ella misma ofrece una vía cuando subraya que Lacan se refiere a momentos privilegiados del análisis, donde no predomina la pereza del tiempo burocrático de los relojes —concebido como duración—, sino “un instante vivo que se precipita a través de una escansión poética” (p. 206). Y añade:

“Entonces, el instante, que desgarrar el tiempo lineal cuando el discurso tropieza o es cortado, es pura discontinuidad” (p. 206).

Así, al explorar los múltiples sentidos del concepto de tiempo, Herrera Guido propone una hipótesis de trabajo: el tiempo del inconsciente es el instante (p. 207). Hipótesis inspirada en Kierkegaard: un tiempo posible para el advenimiento de un átomo de real, donde, en el instante, el tiempo cronológico y cierta forma de eternidad llegan a tocarse.

De este modo, tenemos por un lado el discurso sometido a un orden temporal lineal, en el que los significantes deben sucederse uno tras otro, de forma diacrónica: una línea horizontal continua. Pero esa línea se cruza, a veces, con una irrupción vertical, fugaz e instantánea, que hace trastabillar el discurso. Ese cruce es el instante poético: el tiempo de la manifestación del inconsciente, su dimensión sincrónica.

Apoiado en esta línea de pensamiento de Herrera Guido —y en su recurso a las múltiples definiciones del tiempo—, ahora me permito apelar al campo de la literatura para introducir una de las concepciones de la mitología griega, y con ello continuar pensando el tiempo del inconsciente. Si el tiempo del inconsciente es el instante, vuelvo entonces a preguntar: ¿por qué justo en tal instante y sin vacilar? ¿Por qué ahora y no después? ¿Se trata de un instante oportuno? Y, si es así, ¿cuándo es ese justo momento?

La figura griega del tiempo ligada al instante es Kairós: el dios del instante oportuno para actuar. Esta representación nos permite sumar una precisión a la hipótesis de Herrera Guido: si el tiempo del inconsciente es el instante, quizá también sea oportuno.

Kairós suele representarse como un dios joven y bello, calvo, pero con un mechón en la frente; con los pies alados; sosteniendo en una mano una balanza y en la otra un cuchillo. Los pies alados significan la rapidez: el instante fugaz en que llega y en que también se va. El mechón en la frente sugiere que sólo puede tomarse cuando pasa de frente, en el instante; al ser calvo, ya no puede atraparse por detrás cuando ha pasado. La balanza indica que es la ocasión la que hace inclinarse hacia un lado o hacia otro. El cuchillo representa la precisión. Y su belleza, la oportunidad.

Kairós es el símbolo de ese instante fugaz y oportuno para la acción. ¿Puede servir esta concepción para pensar el tiempo del inconsciente? ¿El tiempo del inconsciente es el instante fugaz y oportuno donde se producen nuevos significantes—vía metáfora y metonimia— y algo se decide? Si es así, habrá que pensar qué hace que un momento sea “oportuno”. Para poner a prueba estas cuestiones, voy a retornar a un escrito de Lacan que permite afinar este punto y, después, ilustraré la propuesta con un ejemplo tomado de la obra de Freud.

Lacan aborda el tema del instante en *El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada* (1945/2009), donde muestra que ciertos problemas de lógica requieren del tiempo para resolverse. Se trata de un tiempo lógico cuya estructura divide en tres momentos: 1) el instante de la mirada, 2) el tiempo para comprender y 3) el momento de concluir, en una tensión entre la duda y el aserto, entre el aguardar y el precipitarse. Esta estructura se sostiene en el sofisma de los tres prisioneros. Lacan lo presenta así:

El director de la cárcel hace comparecer a tres detenidos selectos y les comunica el aviso siguiente:
“Por razones que no tengo por qué exponerles ahora, señores, debo poner en libertad a uno de ustedes. Para decidir a cuál, remito la suerte a una prueba a la

que se someterán ustedes, si les parece.

[...]

Aceptada la propuesta, se adorna a cada uno de nuestros sujetos con un disco blanco, sin utilizar los negros, de los cuales, recordémoslo, sólo se disponía de dos.

¿Cómo pueden los sujetos resolver el problema? (Lacan, 1945/2009, pp. 293–294)

Para nuestros fines, por ahora me avocaré a reflexionar sobre lo que respecta al instante. Lacan precisa que son lógicamente posibles tres combinaciones de los atributos característicos de los sujetos y que, descartada la primera por la observación, queda abierta la incógnita entre las otras dos (Lacan, 1945/2009, p. 197). Dadas estas condiciones, cada uno de los tres prisioneros pasa por las tres instancias del proceso lógico: el instante de la mirada, el tiempo para comprender y el momento de concluir. En particular, cuando la combinatoria conduce a tres blancos, aparece un tiempo de meditación que cada uno debe verificar en el otro: “Si yo fuese un negro, él habría salido sin esperar un instante. Si se queda meditando, es que soy un blanco” (Lacan, 1945/2009, p. 200).

Podemos observar que en esta combinatoria (tres blancos) se pone en juego la continuidad, la duración, el tiempo cronológico del tránsito por cada una de las tres instancias. Sin embargo, mi observación es que el tiempo para resolver el problema lógico depende sobre todo de la combinatoria de colores que les sea dada a los prisioneros. Pues de las tres opciones, sólo hay una combinatoria que permite pensar el instante como un tiempo que se reduce a cero: dos negros y un blanco. Lacan lo formula así: “se ve el valor instantáneo de su evidencia, y su tiempo de fulguración [...] equivaldría a cero” (Lacan, 1945/2009, p. 200).

Es decir que, ante esta combinatoria, un prisionero que observa dos negros puede concluir en el instante “soy blanco”. De ahí que Lacan afirme que “se necesita para ello el instante de la mirada” (Lacan, 1945/2009, p. 200). En consecuencia, el tiempo para comprender y el momento de concluir pueden reducirse al instante de la mirada: “El tiempo para comprender puede reducirse al instante de la mirada,

pero esa mirada en su instante puede incluir todo el tiempo necesario para comprender” (Lacan, 1945/2009, p. 200).

De la lectura de este escrito llego entonces a la observación de que lo que hace posible la solución de un problema lógico en un instante es el modo en que se presenta la combinatoria de los signos: hay un momento oportuno, y ese momento coincide con la combinatoria perfecta. Si pensamos en este sofisma, es el margen de error lo que da lugar a la demora en el momento de comprender; pero en la combinatoria dos negros y un blanco, para el prisionero que ve dos negros, no hay margen de error para concluir en el instante que él es blanco. ¿Qué es la perfección si no la ausencia de error? Esto nos hace pensar en el instante perfecto.

Ahora bien, he vuelto sobre este escrito de Lacan porque me pregunto si, de un modo análogo, el inconsciente se enfrenta también a un problema “lógico”, aunque de otra índole: el de hacer pasar algo de lo imposible de representar. Es decir, poder expresarse —bajo censura— frente a los límites de la represión, y hacerlo mediante los rodeos de la metáfora y la metonimia. Pero, en ese caso, ¿de qué depende que sea posible ese instante oportuno en que el inconsciente se manifiesta?

A partir de las observaciones sobre *El tiempo lógico*, se propone la siguiente hipótesis: cuando el inconsciente se encuentra con una combinatoria particularmente favorable de significantes, se abre el momento oportuno para producir —sin vacilar— un nuevo significante por la vía de la metáfora y la metonimia. En otras palabras, así como en el sofisma lacaniano la resolución instantánea depende de una disposición precisa de los signos, en la escena del acto fallido la emergencia del inconsciente dependería de una disposición también precisa —aunque no consciente— de los enlaces significantes.

Para sostener esta afirmación, conviene remitirse a la obra de Freud. Antes, sin embargo, resulta pertinente subrayar un punto formulado con claridad por Néstor Braunstein en el prólogo a *Poética del psicoanálisis*: “Allí en la exploración de la falla que se produce en el ente por decirse, el psicoanálisis encuentra su sustancia” (p.

9). Esa “falla” no se entiende como un accidente marginal, sino como el lugar mismo donde el decir se fractura y, precisamente por fracturarse, deja pasar otra lógica.

A continuación, puede tomarse un ejemplo clásico de *Psicopatología de la vida cotidiana* como ilustración: el olvido de Freud del nombre de Luca Signorelli, pintor de los frescos de la catedral de Orvieto, en Italia. En el intento de recordar el nombre, se impusieron en su lugar los nombres de los pintores Botticelli y Boltraffio, en calidad de formaciones sustitutivas.

Freud relata que viajaba en coche con un desconocido desde Ragusa, en Dalmacia, hacia una estación de Herzegovina. Durante el trayecto conversaron sobre Italia. Freud preguntó a su compañero de viaje si había estado en Orvieto. Luego, al relatar que había contemplado allí los famosos frescos de cierto pintor, en ese instante se olvida el nombre Signorelli, y al intentar recuperarlo se imponen los nombres Botticelli y Boltraffio.

Freud agrega que, justo antes de esa pregunta, la conversación giraba en torno a las costumbres de los turcos que viven en Bosnia y Herzegovina. Se transmite al compañero de viaje lo que habría contado un colega que ejerció en esa región. Cuando el médico anuncia que la enfermedad no tiene cura, los pacientes responden “Señor (Herr), no hay nada más que decir”. Es decir, muestran una resignación total ante la muerte.

Sin embargo, en ese momento se quería añadir una segunda anécdota y se la sofoca, por no tocar el tema con un desconocido. Lo que se iba a relatar era que los turcos estiman el goce sexual por encima de todo y que, frente a los achaques sexuales, actúan de manera contraria a la resignación ante la proximidad de la muerte. Uno de los pacientes habría dicho “Cuando eso ya no ande, la vida perderá todo valor”.

En este punto se observa un intento de desviar la atención de pensamientos anudados a la muerte y la sexualidad. Hay, además, razones adicionales para sofocar esos pensamientos. Se estaba bajo el efecto de una noticia recibida pocas

semanas antes, durante una breve residencia en Trafoi. La noticia era que un paciente se había suicidado a causa de una perturbación sexual incurable.

En el análisis del olvido, Freud observa la coincidencia entre la palabra Boltraffio y Trafoi, y escribe “Ya no puedo concebir el olvido del nombre Signorelli como algo casual. Debo admitir el influjo de un motivo en este proceso” (p. 11). El motivo del olvido es el mismo que interrumpe la comunicación de los pensamientos. La represión influye para excluir que devinieran conscientes los pensamientos anudados a la muerte y la sexualidad, pensamientos que conducirían hasta la noticia recibida en Trafoi.

Así, aunque se quisiera olvidar voluntariamente el tema de la muerte y la sexualidad junto con la noticia recibida en Trafoi, sucede que, contra la voluntad, se olvida el nombre Signorelli, pues este logra ponerse en conexión asociativa con lo otro.

Por otro lado, los nombres sustitutos también mantienen un lazo asociativo, al modo de un compromiso. Freud escribe “Me remiten a lo que yo querría olvidar, como a lo que querría recordar. Este sustituto se produjo como si hubiera emprendido un desplazamiento a lo largo de la conexión de nombres. Y es al mismo tiempo una condensación de nombres asociados con el tema reprimido” (p. 12).

Freud agrega que, durante la conversación con el compañero de viaje, el pensamiento sofocado tuvo la capacidad de perturbar el pensamiento siguiente. Puede decirse que perturba para reaparecer.

A partir del análisis del ejemplo, Freud formula tres conclusiones. La tercera es la que sostiene la hipótesis planteada.

“Resumamos ahora las condiciones para el olvido de un nombre con recordar fallido. 1 cierta predisposición para su olvido. 2 un proceso de sofocación transcurrido poco antes. 3 la posibilidad de establecer una asociación extrínseca entre el nombre en cuestión y el elemento antes sofocado” (p. 13).

Sobre esta tercera condición, Freud lo explica de manera más detallada.

“El nombre de Signorelli está ahí separado en dos fragmentos. De los pares de sílabas, uno retorna inmodificado en uno de los nombres sustitativos (elli), y el otro, merced a la traducción Signor Herr {señor}, ha cobrado múltiples y diversos vínculos con los nombres contenidos en el tema reprimido, y por eso mismo se perdió para la reproducción. Su sustituto se produjo como si se hubiera emprendido un desplazamiento a lo largo de la conexión de nombres «Herzegovina y bosnia», sin miramiento por el sentido ni por el deslinde acústico entre las sílabas. Vale decir que en este proceso los nombres han recibido parecido trato que los pictogramas de una frase destinada a trasmudarse en un acertijo gráfico (rebus). Y de todo el trámite que por tales caminos procuró los nombres sustitativos en lugar de Signorelli, no fue dada noticia alguna a la conciencia. En un primer abordaje no se rastrea, entre el tema en que se presenta el nombre de Signorelli y el tema reprimido que lo precedió en el tiempo, un vínculo que rebase ese retorno de las mismas sílabas, o, más bien, secuencias de letras” (pp. 12–13).

Dado que Freud observa que las condiciones para la manifestación del inconsciente en un acto fallido, en este caso el olvido de un nombre propio, radican en la posibilidad de establecer una asociación extrínseca entre el nombre en cuestión y el elemento antes sofocado, puede sostenerse que esa misma posibilidad de establecer conexiones entre palabras es la que permite que el inconsciente se manifieste en un instante.

De este modo, apoyándose en la hipótesis de Rosario Herrera Guido de que el tiempo del inconsciente es el instante, tomando el ejemplo de Freud y retomando la observación del escrito de Lacan *El tiempo lógico* según la cual lo que hace posible la solución de un problema lógico en un instante es el modo favorable en que se presenta la combinatoria de los signos, se concluye que, tal como un poeta ante lo imposible de decir por la represión, el inconsciente se enfrenta con el problema lógico de expresar lo irrepresentable. Pero cuando se presenta una combinatoria perfecta de palabras relacionadas, se abre la oportunidad de crear un nuevo significante en un instante. En ese instante se produce una condensación de significantes que sigue consonancias y homofonías.

A continuación, se presenta un esquema que representa el ejemplo de una combinatoria perfecta y oportuna que permite reducir el tiempo de meditación de un problema lógico a cero, al instante.



Esto permite postular, entonces, que el tiempo del inconsciente es un instante perfecto y oportuno (Kairós). Como cierre, puede evocarse el fragmento atribuido a la *Poética* de Aristóteles: “Poeta es sólo aquel que percibe las semejanzas entre todas las cosas” (*Obras completas*, Aguilar, p. 100).

Bibliografía

- Herrera, R. (2008). *Poética del psicoanálisis*. Siglo XXI.
- Nasio, J. (1992). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. Gedisa.
- Lacan, J. (2024). *Escritos 1*. Siglo XXI.
- Pérez, I. (1987). *La(s) otra(s) historia(s): una reflexión sobre los métodos y los temas de la investigación histórica*. UNED Bergara.
- Freud, S. (1986). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Platón. (1974). *Obras completas*. Aguilar.
- Aristóteles. (1973). *Obras completas*. Aguilar.